

CAPITULO



VII

PERCEPCIONES SOBRE
AMENAZAS Y DESASTRES:
SONDEO ENTRE POBLADORES
DE LA MICROCUENCA DEL RÍO
YAMABAL

Las amenazas son eventos de carácter potencial, por lo que desde un punto de vista cognoscitivo, son anticipaciones abstractas. Esta mediación cognoscitiva, tiende a ser más intensa y productiva cuando se trata de amenazas que se perciben como ajenas a la intervención humana (Campos, 1999). Desde esta perspectiva, las amenazas son objetos cognoscitivos a partir del momento en que son identificadas como tales, o al incorporarse al “imaginario social”.

Cualquier proceso de gestión de riesgos involucra o debería involucrar a todos los actores locales. Un aspecto fundamental para lograr la más amplia participación de la población estriba en el conocimiento sobre sus concepciones, opiniones y/o percepciones alrededor de las amenazas y los desastres.

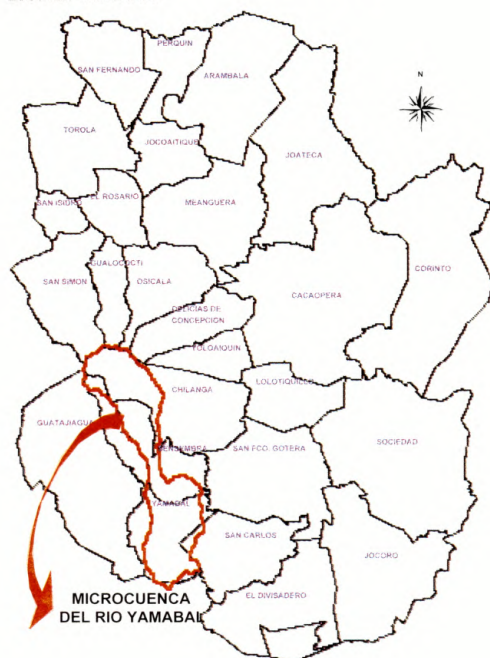
La percepción de los riesgos y de los desastres depende de varios factores relacionados con el entorno cotidiano. En este sentido, las soluciones a las problemáticas de riesgo dependerán, en buena medida, de una escala de prioridades determinada por las distintas vulnerabilidades que experimenta la población en su entorno inmediato.

En este capítulo se presentan los resultados de un sondeo exploratorio entre un pequeño grupo de pobladores de la microcuenca del río Yamabal¹ para conocer sus percepciones en torno a las amenazas y los desastres. Este sondeo posee un carácter exploratorio y parcial –en términos de los elementos estudiados– y no permite hacer generalizaciones de ningún tipo, precisamente por haberse aplicado a un grupo reducido de pobladores. De todas maneras pretende ser un aporte modesto a un futuro estudio sobre la vulnerabilidad ideológico-cultural.

La microcuenca² del río Yamabal fue elegida por tratarse de una zona frecuentemente amenazada por inestabilidades de ladera y por inundaciones. La encuesta se aplicó a 26 personas: 8 jóvenes (5 mujeres y 3 hombres) y 18 adultos (9 mujeres y 9 hombres) entre 19 y 65 años. La mayoría de los entrevistados había sido afectada por las inundaciones en la zona baja, y un grupo más pequeño estaba compuesto por pobladores afectados por deslizamientos en la zona alta. Se exploraron sus percepciones, recuerdos y conocimientos alrededor de algunos tópicos: desastres y amenazas, orígenes de los desastres; memoria histórica sobre desastres; actitudes frente a las emergencias; identidad territorial; y existencia de organizaciones comunitarias para la prevención y/o atención de desastres.

MAPA VII.1: Ubicación de la microcuenca del río Yamabal en Morazán.

Elaboración propia: ADEL Morazán, 2002.
Escala: 1:25000



¹ El río Yamabal es el principal afluente del río Grande de San Miguel.

² La microcuenca está compuesta por trece cantones pertenecientes a los municipios de Yamabal, San Carlos, Sensembra, Guatajiagua, Chilanga, Gualococti, Osicala y San Simón.

Los resultados del sondeo arrojaron diferencias poco significativas en las percepciones de mujeres y hombres, aunque sí con relación a la edad. En su mayoría las(os) jóvenes ubican la causa de los desastres en la intervención o acción humana, especialmente en el deterioro ambiental, mientras los adultos tienen opiniones encontradas al respecto.

Las respuestas muestran que las amenazas y los desastres aún no constituyen parte del “imaginario social”. No se perciben como tales ni están presentes entre sus problemas prioritarios; son más bien considerados como eventos ocasionales e inesperados, y en consecuencia, no se ponen en práctica medidas preventivas. En condiciones de exclusión social y pobreza, la supervivencia cotidiana es fuente de mayor preocupación. El hecho de que no exista una “memoria histórica” sobre la ocurrencia de desastres en la comunidad y tampoco estrategias para prevenir y/o mitigar el riesgo, constata lo anterior. La gente convive con las amenazas, aceptándolas como parte del riesgo cotidiano.

Estos elementos refuerzan la hipótesis de que ciertos desastres se producen en pequeña y mediana escala y, aunque persistentes, no llegan a constituirse en prioridad para las comunidades, precisamente porque consideran posible la convivencia con ellos.

Orígenes y memoria sobre los desastres

Entre las y los jóvenes entrevistados, en su mayoría estudiantes, la memoria sobre desastres es inexistente, posiblemente porque éstos son más bien eventos de baja intensidad. El único evento que recuerdan fueron las inundaciones desencadenadas por el huracán Mitch, por las pérdidas en las viviendas que causaron. Estas inundaciones se recuerdan como un “derrumbe de agua” en el volcán Cacahuatque que causó pérdidas materiales. Se recuerda también que el río se salió del cauce, llevándose las milpas; se asocia el desastre a las pérdidas y se señala que ocurren porque no hay medidas de prevención.

En algunos casos los jóvenes reconocieron el papel que juegan las precipitaciones en el origen de las

La vulnerabilidad ideológico-cultural expresa la concepción de la población sobre amenazas y desastres, en el sentido del conjunto de valores, actitudes y percepciones sobre estos temas.

Permite medir el nivel de posible involucramiento en las acciones de prevención de desastres. Este tipo de vulnerabilidad contempla las prácticas religiosas, las redes de solidaridad, la identidad cultural y territorial de mujeres y hombres, y profundiza en el contexto psicosocial, especialmente en las percepciones y prácticas de los diferentes actores frente al riesgo. En un estudio comparativo de dos comunidades en riesgo, Baires (Lungo y Baires, 1996) plantea que las variables de vulnerabilidad más relevantes en la conformación de percepciones y actitudes de la población alrededor de los riesgos y desastres son: el tipo de tenencia de la tierra, el nivel de organización comunitaria y la condición socioeconómica de la población. Baires plantea que otras variables como la edad, tipo de asentamiento y nivel de consolidación comunitaria, aunque importantes, tienen una relevancia menor. Asimismo, la calidad de la organización, el tipo de funcionamiento de las directivas comunales, los niveles de participación de la población y las acciones colectivas, son aspectos importantes que sirven de base para determinar el tipo de funcionamiento de la organización comunal con relación a la capacidad de responder frente a emergencias.

El estudio (Lungo y Baires, 1996) arrojó que un factor explicativo de la débil participación de los pobladores es la ausencia de identidad colectiva, especialmente en comunidades de reciente formación cuya población proviene de diversos lugares dentro de la ciudad o del territorio nacional. En El Salvador, dada la historia de desastres naturales y sociales, esto puede ser en muchos casos producto de los efectos indirectos de los desastres, ya que provocan flujos migratorios y reubicación, con el consiguiente desarraigo. Esta ausencia de identidad colectiva puede incidir, por ejemplo, en el desconocimiento de un deslave o derrumbe de viviendas, que provoca un problema colectivo. La ausencia de identidad común y/o con el lugar de vivienda conlleva a una escasa capacidad organizativa que influye negativamente en las acciones de prevención y de emergencia. Generalmente, las organizaciones comunitarias poseen estructuras que no responden a sus necesidades organizativas y a las relaciones sociales en los asentamientos. El individualismo -basado en parte en la autosuficiencia de la parcela campesina- permea las relaciones interpersonales y se constituye en obstáculo para la promoción de relaciones de cooperación que exige la organización comunitaria. En relación a la forma de tenencia de la tierra, esta tiene una gran incidencia en el nivel de apropiación del lugar donde se habita y, por lo tanto, en el interés de mejorarlo. Si una persona es propietaria de un lote y de su vivienda, o ha vivido en un lugar por un largo período, su actitud respecto a los riesgos existentes en su entorno es de mejoramiento y solución de los problemas encontrados. En cambio cuando las personas alquilan una vivienda, la actitud es de

depositar en el o la propietaria, las decisiones, inversiones o soluciones relacionadas con la vivienda.

Otros factores de vulnerabilidad, en el ámbito de lo ideológico-cultural, están relacionados con la religiosidad que incide en las concepciones de la población frente a los desastres. En este sentido, en una situación de desastre se sujetan a la "suerte" o a la "voluntad de Dios", lo que en ocasiones constituye uno de los factores explicativos de la permanencia de algunos grupos poblacionales en áreas de alto riesgo, pese a la inminencia de un desastre. La población a menudo considera que los desastres son "actos o castigos de Dios" -por tanto imprevisibles e incontrolables; se asumen como productos del destino y poco o nada puede hacerse para evitarlos o mitigar su efecto. La percepción de fenómenos como los sismos ha sido y continúa siendo eminentemente religiosa; ejemplo de ello son las procesiones religiosas para pedir misericordia por la actividad sísmica (LPG 19/02/65 en Romano, 1997). En un estudio (Moisa y Romano, 1986) realizado después del terremoto de 1986, se evidencia el peso de la religiosidad en las actitudes y percepciones respecto a los desastres: "Al interrogar a la población sobre la creencia inmediata al ocurrir el sismo, el 27% contestó que lo asoció a un castigo de Dios. En cuanto a las reacciones inmediatas sólo un 19% reaccionó de forma organizada y ordenada, un 20% reaccionó en forma organizada pero asociada con actitudes de inmovilidad, angustia, llantos y gritos; del restante 61%, el 18% comenzó a orar."

Por otra parte, las actitudes respecto a la intervención de Dios en el hecho de estar vivos, revelaron que el 40% consideraba que era atribuible a la intervención divina. Sin embargo, cuando se les preguntó sobre el futuro la respuesta del 73% fue en términos fatalistas; únicamente el 27% creía que el esfuerzo propio podría ayudarles a mejorar sus actuales condiciones. Lo anterior indica que la actitud de la mayoría conduce a una aceptación de que existe un destino que sólo puede ser alterado por la acción o voluntad de Dios. Esto podría explicar parcialmente que el conocimiento de peligros inminentes o de experiencias anteriores de desastres, no es garantía para la preparación en eventos posteriores.

En el mismo estudio, el otro grupo de conductas y valores analizados se refirió a las experiencias anteriores en desastres. Para este análisis la muestra comprendió a un 75% de personas que habían sido afectadas en diferente grado por el sismo de 1965 y un 67% que recordaba las experiencias del huracán "Fifi" en 1974 (Moisa y Romano, 1986).

En este sentido, existe una suerte de "amnesia histórica" frente a los desastres. Estas concepciones tienen consecuencias en la ausencia de adopción de medidas preventivas y de mitigación, ya que la población se sujeta a la interpretación religiosa del fenómeno natural, o al factor "suerte", asumiendo actitudes pasivas, y con dificultad para comprender que gran parte de los desastres son producto de las acciones humanas.

inundaciones; y sólo en un caso se indicó que son causadas por la acción humana, como la tala de árboles y la quema de tierras: "pueden ser desórdenes de la naturaleza, provocados por el hombre". A menudo se asoció el desastre a las pérdidas, al daño a los cultivos y a la proliferación de enfermedades, pero también se confundió con el fenómeno natural en sí mismo.

En la mayoría de respuestas existe la convicción de que los desastres son inevitables, pero no se atribuye a un agente divino. Aunque no existan interpretaciones divinas o de otra índole sobre los desastres, se detecta un desconocimiento sobre sus causas físicas, ambientales, económicas y sociales. Dado que la experiencia del "desastre" está relacionada con las inundaciones, éste se asocia con crecidas del río que afectan los terrenos, la agricultura y "arrasan con todo", y nó con otros eventos como la actividad sísmica.

Entre los (as) adultos entrevistados, la mayoría no recuerda la ocurrencia de desastres en la comunidad, a excepción de los efectos del huracán Mitch y, en un caso, los temblores en 1950. Pese a que este grupo sufrió los efectos del conflicto armado, es significativo que no se mencione la guerra como uno de los mayores desastres en el departamento. En este grupo también se asocia el desastre con los derrumbes y las inundaciones, así como con las pérdidas que estas últimas ocasionan: en la parte alta de la microcuenca los daños por la inundación fueron a los cafetales, a las milpas y a las calles que quedaron bloqueadas por los derrumbes. Existe cierto reconocimiento de que las inundaciones ocurren debido a la variación en las precipitaciones o por las prácticas agrícolas inadecuadas que causan erosión.

En este grupo de entrevistados se recuerdan temporales de hasta 22 días -que no provocaban inundaciones porque "la tierra no estaba lavada"- pero únicamente se estima como desastres a las inundaciones provocadas por el huracán Mitch. Aunque hubo quien asoció el desastre a eventos de mayor escala como a un terremoto o a un diluvio, las demás inundaciones son consideradas como eventos de menor escala ocasionados por "tormentas fuertes" como la que ocurrió con posterioridad al Mitch.

Además de las pérdidas en las viviendas y en los

Ambientales

La mayoría de viviendas en la microcuenca no posee letrinas (más del 70% en El Limón en Sensembra, y Joya del Matazano de Yamabal y Chilanga); en 10 de los trece cantones más del 50% de las viviendas no dispone adecuadamente los desechos sólidos. Todo ello podría contribuir a la contaminación del agua y a las deficientes condiciones ambientales en general. Por otro lado, la casi totalidad de los hogares utiliza leña como principal fuente de combustible (más del 83% de las viviendas en todos los cantones, con excepción de El Rodeo en Sensembra con 13%). Considerando que la cabeza de la cuenca está en zona de ladera, este tipo de práctica podría estar incidiendo en los niveles de erosión de la microcuenca, agudizando los efectos de las inundaciones.

Biofísicos

Un alto porcentaje de las viviendas posee radio transistor (más del 90% en cinco cantones) lo que podría reducir la vulnerabilidad en caso de necesidad de comunicar alertas. Por otro lado, muy pocas viviendas de la zona baja poseen pozos, lo que reduce la vulnerabilidad en caso de inundación y la aumenta en caso de sequía. La superficie de la mayoría de los cantones con susceptibilidad alta y muy alta por inestabilidades de ladera cubre menos de un 30% del área. En cantones como Joya del Matazano-Chilanga y Yamabal se encuentran valores mayores (44% y 34% respectivamente),

lo que agrava la situación porque esta área se ubica en la cabeza de la microcuenca y es una variable relacionada con la degradación de suelos y del recurso agua; en caso de inundación podría dañar el sistema de agua por cañería de la zona baja y afectar las casas que cuentan con ese servicio. En general, la situación de aislamiento de los cantones de la microcuenca se podría profundizar en caso de derrumbe, deslizamiento o inundación, ya que más del 60% de su red vial está constituida por caminos de tierra. Con respecto a la mayor vulnerabilidad por inundaciones en la zona baja, se destacan los cantones El Rodeo y Loma del Chile donde el 40 y el 68% de las viviendas, respectivamente, están construidas con desechos y bahareque.

Salud

En su mayoría, las viviendas poseen piso de tierra (entre un 60 y un 90% en el ámbito cantonal) lo que constituye un factor de posible generación de enfermedades por infecciones, especialmente en menores de 5 años. La falta de agua potable (en más del 68% de viviendas en ocho de los 13 cantones de la microcuenca) podría favorecer la incidencia de enfermedades gastrointestinales. Por otro lado, el alto porcentaje de viviendas que utiliza cocina de leña puede favorecer la aparición de enfermedades respiratorias. El riesgo de contraer enfermedades transmitidas por perros y gatos sin vacunar es mayor en cantones como San Francisquito, Loma del Chile y Joya de Matazano en Yamabal,



donde más del 60% de estos animales domésticos no está vacunado. Asimismo, el porcentaje de hogares en Riesgo 1 (riesgo máximo según el MSPAS) es bajo en la microcuenca, pues las mujeres acompañadas, embarazadas y menores de 5 años están bajo algún tipo de control de salud, reduciendo en alguna medida la vulnerabilidad de esta población. Las condiciones de saneamiento son muy deficientes, pues como ya se indicó arriba, la mayoría de viviendas no posee letrinas y en más del 60% de los hogares los desechos sólidos no son tratados.

Educación

La tasa de analfabetismo masculino es superior que el femenino en los municipios de Yamabal y Sensembra. En este último la diferencia no es considerable (35.6% en los hombres y 34.1% en las mujeres), mientras en Yamabal la brecha es mayor (43.4% los hombres y 28.7% las mujeres). Sin embargo, es importante mencionar que el analfabetismo femenino alcanza valores superiores al 70% en caseríos como Los Argueta del cantón Loma del Chile, y El Cementerio del cantón Joya de Matazano, ambos en Yamabal. Al mismo tiempo también se reportan niveles bajos de analfabetismo en cantones como El Pederal en Chilanga (14%) y La Montaña en Osicala (11%).

Situación de las mujeres

Los hogares jefeados por mujeres tienen valores por encima

del promedio departamental (33%), destacando el cantón Joya del Matazano en Yamabal (46.2%). Los valores más altos se dan en la variable utilización de métodos de planificación familiar, la que muestra una mayoría de mujeres que no utiliza ningún método (entre un 50 y un 90%), con excepción del caserío Los Lazos en el cantón San Francisquito, Yamabal, donde el 35.3% de las mujeres sí los usa. Asimismo, gran parte de la población femenina se encontraba embarazada, lactando o tenía hijos(as) menores de un año, al momento del levantamiento del diagnóstico de salud por parte de los promotores.

La niñez

La población menor de 15 años constituye entre el 40 y el 50% de la población total en la mayoría de cantones. La mayoría de menores de 5 años no ha completado su vacunación, y existe una proporción considerable de menores con algún grado de desnutrición (entre un 20 y un 40%), lo que coloca a la población infantil en situación de vulnerabilidad extrema, con relación a la seguridad alimentaria, frente a una amenaza como la sequía.

Elaboración propia: ADEL Morazán, 2002.

Fuente: Diagnóstico comunitarios SIBASI-Morazán, MSPAS, 2000.



cultivos, se asoció el desastre con la evacuación de los pobladores. Hubo un caso en el que se relacionó con las pérdidas experimentadas en la cosecha de café debido a la baja en sus precios; se señaló que esto constituye un desastre pues “no hay ni para pagar jornaleros.” Algunos adultos atribuyen la ocurrencia de desastres a la voluntad divina: “son cosas de Dios”, “no se pueden evitar porque son primicias de Dios”, “... (los desastres) son inevitables porque en la Biblia dice que tenía que suceder”, “... son cosas prometidas por Dios y él lo da para tener miedo, para que nos portemos bien.”

De acuerdo a Mocellin y Rogge (en Mansilla, 1996), la gente busca explicaciones basadas en sus sistemas de creencias. Las interpretaciones religiosas –la creencia de que Dios castigó a la gente por sus pecados o la explicación de un desastre como “voluntad divina”– oscurecen todas las demás explicaciones y de ese modo crean dificultades en la aceptación de intervenciones y programas de recuperación. Ello explica parcialmente las escasas medidas de prevención entre la población de la microcuenca del río Yamabal, pese a la ocurrencia de las inundaciones.

Actitudes ante las emergencias

La actitud general aparenta ser de pasividad, no obstante sería necesario profundizar sobre los factores que se activan en la comunidad y que les empuja a movilizarse durante las emergencias. Es importante señalar que no se identificaron cambios significativos en los papeles de hombres y mujeres durante la emergencia provocada por las inundaciones del Mitch: según se recuerda, las mujeres permanecieron en sus viviendas, resguardaron a los animales y oraron, mientras los hombres asumieron papeles más activos como monitorear los niveles del río.

Autores como Quarantelli (en Mansilla, 1996) sostienen que las posturas fatalistas frente a los desastres surgen de ciertos valores religiosos. Las

siguientes afirmaciones, derivadas del estudio, van en esa dirección: “La gente estaba con los niños en la casa esperando a ver la justicia de Dios”, “no salíamos... estábamos alerta, solo teníamos que aguantar”. Se comentó que los más temerosos frente a las inundaciones eran los miembros de la iglesia evangélica; pero también se mencionó que ayudaron a evacuar a miembros de su iglesia.

Con relación a la interpretación divina de los desastres, otras explicaciones sugieren que cuando la población enfrenta la necesidad crítica de sobrevivir en entornos extremos y hostiles, retorna a sus creencias como una forma estratégica de tratar las situaciones de estrés.

Identidad colectiva y sentido de pertenencia

En general, las amenazas que afectan a un número determinado de familias en la microcuenca del río Yamabal aún no se asumen como problema colectivo. Esto puede obedecer al hecho de que hay una ausencia de identidad colectiva, que a su vez podría estar a la raíz de la falta de participación que se aborda más adelante.

Entre los adultos y jóvenes entrevistados existe un desconocimiento de la historia de la comunidad, pese a que la mayoría de adultos ha vivido en el lugar por tres o más generaciones. Sólo en casos muy puntuales se hizo referencia al origen del nombre de la comunidad y al hecho de que fue fundada por “antepasados indígenas”. En un caso se conoce la historia de formación de la

comunidad, debido a su creación reciente, posterior a la finalización de la guerra.

La gran mayoría de jóvenes afirmó pertenecer a la comunidad por tradición: continúan viviendo en el lugar porque sus padres y abuelos así lo hicieron y porque allí están sus tierras. Otros manifiestan seguir allí porque no tienen otra opción debido a su pobreza, o porque es un lugar agradable y seguro donde no hay delincuencia. Los adultos manifestaron que continúan viviendo en el lugar porque es agradable, son propietarios de la tierra y pueden cultivar, no tienen otra alternativa o porque “uno le tiene amor al lugar donde vive”.

La organización comunitaria

Con relación a la existencia de organizaciones comunitarias para hacer frente a los eventos, las y los jóvenes señalaron que conocían algunas organizaciones comunitarias donde participan principalmente mujeres: directiva escolar y directiva de primeros auxilios, por ejemplo. En general, se refirieron a la falta de organizaciones que aborden los desastres, especialmente los efectos de las inundaciones. Existe muy poca participación de la población en las tareas de rescate y prevención de daños. Además, manifestaron que generalmente tampoco existe apoyo institucional para estos casos.



Generalmente, las etapas de emergencia y rehabilitación están a cargo de la misma comunidad con ayuda de familiares que viven en otras comunidades, y sólo en ciertas ocasiones han recibido apoyo de algunas instituciones en forma de “reparto” de alimentos, y en una comunidad se apoyó con ropa, víveres y material de construcción a las personas que perdieron su vivienda.

Los adultos reconocen que en general existe muy poca participación de mujeres y hombres en organizaciones comunitarias. Sólo algunos consideran que la organización es útil para la prevención de desastres, ya que en una experiencia comunitaria la organización resultó efectiva contra la actividad de las “maras”. Con relación a la prevención de desastres las(os) jóvenes consideran que para evitarlos debe existir organización comunitaria, “tratar mejor a la naturaleza” y “tratar de ayudar a la gente que vive a la orilla de los ríos,

que no tiene donde vivir”. Entre los(as) adultos se mencionaron medidas reactivas como la evacuación y la búsqueda de refugio, medidas preventivas como obras de conservación y reforestación y construcción de muros de contención.

A partir de la información anterior se pueda concluir que aún es incipiente la conciencia sobre la existencia de amenazas y su desarrollo en un contexto de riesgo cotidiano. Asimismo, esta información preliminar indica que la ausencia de identidad territorial y de organizaciones comunitarias, podría estar colocando a la población en una situación de mayor vulnerabilidad, e incidiendo sobre sus ya precarias condiciones de existencia.

Para profundizar en el tema de la percepción del riesgo –y no sólo de las amenazas– sería importante explorar variables como las planteadas por Baires (en Lungo y Baires, 1996): forma de tenencia de la tierra, nivel de apropiación del lugar donde se habita y, por lo tanto, en el interés de mejorarlo. Esta autora plantea que para el área urbana, si una persona es propietaria de un lote y de su vivienda, o ha vivido en un lugar por un largo período, su actitud respecto a los riesgos existentes en su entorno es de mejoramiento y de solución de los problemas encontrados. Consideramos importante profundizar en aquellos factores que determinan la identidad colectiva y territorial, y el arraigo y sentido de pertenencia comunitaria, ya que la información preliminar que se desprende de este sondeo no abona al planteamiento de Baires, pues los pobladores han vivido por tres o más generaciones en el lugar y, sin embargo, no se vislumbran acciones en esa dirección.

Por otro lado, Baires plantea que el riesgo y la disposición a erradicarlo son mucho mayores en el caso de personas y familias ubicadas físicamente en zonas de riesgo o próximas a ellas. En este sentido, en las comunidades ubicadas en zonas de alto riesgo, una hipótesis a explorar es la relacionada con que, a mayor vulnerabilidad física-localizacional en condiciones de propiedad de la tierra o vivienda, mayor percepción del riesgo y disposición e interés de las personas afectadas por intentar acciones preventivas y de mitigación.